LIBRO dot.com

No confundirse y otros cuentos

Villiers de L'Isle Adam



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

No confundirse Y otros cuentos

Villiers de L'Isle Adam

Al señor Henry de Bornier

Clavando no se sabe dónde sus globos tenebrosos
-C. Baudelaire

En una mañana gris de noviembre, caminaba yo apresuradamente por los muelles. Una fría llovizna humedecía la atmósfera. Negros transeúntes se entrecruzaban, protegidos con deformes paraguas.

El amarillento Sena acarreaba sus gabarras que semejaban desmesurados abejorros. En los puentes, el viento hacía volar bruscamente los sombreros, que sus dueños disputaban al espacio con actitudes y contorsiones cuya contemplación resulta siempre tan penosa para un artista.

Mis ideas eran pálidas y brumosas; la preocupación por una reunión de negocios, aceptada la víspera, acosaba mi imaginación. La hora de la cita me apremiaba: decidí protegerme al abrigo de un tejadillo desde donde podría, con mayor comodidad, llamar a algún coche.

En el mismo instante vi, justamente a mi lado, la entrada de un macizo edificio, de aspecto burgués.

Había surgido de entre la bruma como una pétrea aparición, y, a pesar de la rigidez de su arquitectura, a pesar del vaho sombrío y fantástico que lo envolvía, tuve que reconocer, inmediatamente, que tenía un cierto aire de cordial hospitalidad que apaciguó mi espíritu.

-¡Seguro -me dije-, que los habitantes de esta mansión son gente sedentaria! Este sitio invita a detenerse: ¿está abierta la puerta?

Así pues, entré con una sonrisa, la más educada posible, con aspecto satisfecho, el sombrero en la mano -incluso meditaba un madrigal para la dueña de la casa-, y me encontré, al mismo nivel, ante una especie de sala con una techumbre de cristal, por la que entraba la lívida luz del día.

En los percheros había ropas, vestidos, bufandas y sombreros.

Había mesas de mármol repartidas por todas partes.

Varios individuos, con las piernas estiradas, la cabeza levantada, los ojos fijos, y un aire real, parecían meditar.

Eran miradas sin ideas, rostros color del tiempo.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Había carteras abiertas, papeles extendidos junto a cada uno de ellos.

Y entonces, me di cuenta de que la dueña del local, con cuya amable cortesía yo había contado, era la Muerte.

Observé a mis huéspedes.

Seguramente para escapar a las preocupaciones de la agobiante existencia, la mayor parte de los que ocupaban la sala habían asesinado sus cuerpos, esperando, de esta manera, alcanzar un poco más de bienestar.

Mientras escuchaba el ruido de los grifos de cobre adosados a la pared y destinados al riego cotidiano de esos restos mortales, oí el rodar de un coche. Se detenía ante el establecimiento. Yo supuse que los hombres de negocios me esperarían. Me di la vuelta para aprovechar esa suerte.

En efecto, el carruaje acababa de dejar, ante la sede del edificio, a unos alegres colegiales que necesitaban contemplar la muerte para creer en ella.

Hice una seña al coche vacío y dije al cochero:

-¡Al Pasaje de la Ópera!

Unos momentos después, en los bulevares, el tiempo me pareció más nublado todavía, sin horizonte. Los arbustos, esqueléticas vegetaciones, daban la impresión de señalar vagamente, con las puntas de sus negras ramas, a los peatones y a los todavía somnolientos agentes de policía.

El coche rodaba deprisa.

Los transeúntes, a través del cristal, me parecían como agua que corre.

Una vez llegado a mi destino, salté a la calzada y me lancé por la calle repleta de gente preocupada.

Al fondo percibí, justamente enfrente de mí, la puerta de un café -hoy en día consumido en un famoso incendio (porque la vida es sueño)-, que estaba situado al final de una especie de hangar, bajo una bóveda cuadrada, de sombrío aspecto. Las gotas de lluvia que caían sobre la cristalera superior oscurecían aún más la pálida luz del sol.

-¡Ahí me esperan -pensé-, con una copa en la mano, los ojos brillantes y mofándose del Destino, mis hombres de negocios!

Toqué, pues, el timbre de la puerta y me encontré, al mismo nivel, en una sala en la que desde el techo se filtraba lívida la luz del día, a través de unos cristales.

Abrigos, bufandas y sombreros estaban colgados en las perchas.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Había mesas de mármol colocadas por todas partes. Varios individuos, con las piernas estiradas, la cabeza levantada, los ojos fijos, y un aire real, parecían meditar.

Eran rostros color del tiempo, miradas sin ideas.

Había carteras abiertas y papeles desplegados junto a cada uno de ellos.

Observé a estos hombres.

Ciertamente, para escapar a las obsesiones de la insoportable conciencia, la mayoría de quienes ocupaban la sala habían asesinado, desde hacía tiempo, sus «almas», esperando, así, alcanzar un poco más de bienestar.

Mientras escuchaba el ruido de los grifos de cobre, adosados a la pared, y destinados al riego cotidiano de esos restos mortales, el recuerdo del rodar del coche me vino a la mente.

-¡Seguramente -me dije-, es probable que el cochero se haya visto afectado, con el tiempo, por algún tipo de entorpecimiento, para haberme traído, después de tantas vueltas, a nuestro punto de partida! De todas formas, lo confieso (para que no haya confusión), ¡LA SEGUNDA VISIÓN ES MÁS SINIESTRA QUE LA PRIMERA!...

Cerré, pues, en silencio, la puerta acristalada y volví a mi casa, decidido, sin tener en cuenta lo sucedido -y aunque me ocurriera lo que me ocurriese-, a no hacer negocios nunca más.

FIN

Los bandidos

Al señor Henri Roujon

¿Qué es el Tercer Estado? Nada.
¿Qué debe ser? Todo.
-Sully, después Sieyes

Pibrac, Nayrac, dos subprefecturas gemelas unidas por un camino vecinal construido bajo el régimen de los Orleáns, testimoniaban, bajo un cielo maravilloso, una perfecta unión de costumbres, negocios y maneras de ver.

Como en cualquier lugar, el pueblo se caracterizaba por sus pasiones; como en todas partes, la burguesía conciliaba el aprecio general con el suyo propio. Todos, pues, vivían en paz y alegría en estas afortunadas localidades, hasta que una tarde de octubre ocurrió que el

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

viejo violinista de Nayrac, hallándose corto de fondos, abordó, en el camino real, al sacristán de Pibrac y, aprovechándose de la oscuridad, le pidió con tono perentorio algún dinero.

Asustado, el hombre de las Campanas, sin reconocer al violinista, accedió graciosamente; pero, de vuelta a Pibrac, contó su aventura de tal manera que, en las imaginaciones enfebrecidas por su relato, el viejo músico de Nayrac se convirtió en una banda de ávidos ladrones que infestaban el Midi y asolaban el camino real con sus crímenes, incendios y depredaciones.

Astutos, los burgueses de los dos pueblos habían exagerado los rumores, de la misma manera que cualquier buen propietario se ve obligado a aumentar los defectos de las personas que tienen aspecto de ansiar sus capitales. ¡No porque hubieran sido engañados! Ellos habían consultado las fuentes. Habían interrogado al sacristán tras haber bebido. Este se contradijo, y ahora ellos sabían la verdad del asunto mejor que nadie... Sin embargo, burlándose de la credulidad de las masas, nuestros dignos ciudadanos se guardaban el secreto para ellos solos, como les gusta guardar todo lo que tienen; tenacidad que, ante todo, es el signo distintivo de las gentes sensatas e instruidas.

A mediados de noviembre siguiente, mientras daban las diez en el reloj del Juzgado de Paz de Nayrac, cada cual entró en su casa con un aire más arrogante que de costumbre y con el sombrero, ¡palabra!, inclinado sobre la oreja, de tal forma que su esposa, saltándole a las patillas, lo llamó «mosquetero», lo que aduló sus respectivos corazones.

-Sabes, señora N..., mañana, al alba, partiré.

-¡Ay! ¡Dios mío!

-Es la época de cobro: es preciso que vaya, yo mismo, a casa de nuestros colonos...

-No irás.

-¿Y por qué no?

-Por los bandidos.

-¡Bah! ¡En otras peores me he visto!

-¡No irás!... -concluía cada esposa, como ocurre entre gente que se adivina.

-Vamos, pequeña, vamos... Previendo tu angustia y para que estés segura, hemos acordado partir todos juntos, con nuestras escopetas de caza, en una gran carreta alquilada para tal ocasión. Nuestras tierras son convecinas y volveremos al anochecer. Así pues, seca tus lágrimas y, con la invitación de Morfeo, permite que anude apaciblemente en mi frente los dos extremos de mi pañuelo.

-¡Ah! Si van todos juntos, ya es otra cosa: debes hacer como los demás -murmuró cada esposa, tranquilizada de repente.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

La noche fue exquisita. Los burgueses soñaron con asaltos, carnicerías, abordajes, torneos y laureles. Se despertaron, pues, frescos y dispuestos, con el alegre sol.

-¡Vamos!... -murmuraba cada uno de ellos, mientras se ponía las medias, tras un gesto de gran preocupación y de forma que la frase fuese oída por su esposa-, ¡vamos!, ha llegado el momento. ¡Sólo se muere una vez!

Las señoras, admiradas, contemplaban a estos modernos paladines y les llenaban los bolsillos de cataplasmas, porque estaban en otoño.

Estos, sordos a los llantos, se apartaban de los brazos que querían, en vano, retenerlos...

-¡Un último beso!... -dijo cada uno desde el descansillo de su escalera.

Y llegaron, desembocando de sus calles respectivas, a la gran plaza, donde ya algunos (los solteros) esperaban a sus colegas, alrededor del carruaje, haciendo sonar, con los rayos matutinos, la batería de sus escopetas, cuyas cargas renovaban mientras fruncían el entrecejo.

Dieron las seis: la tartana se puso en marcha a los varoniles sones de La Parisienne, cantada por los catorce hacendados que la ocupaban. Mientras en las lejanas ventanas febriles manos agitaban locos pañuelos, se oía el heroico canto:

En avant, marchons
Contre leurs canons!
A travers le fer, le feu des bataillons!

Luego, con el brazo derecho en el aire y con una especie de mugido:

Courons a la victoire!

Todo ello acompasado, en cierta medida, por los grandes latigazos que el propietario conductor daba, con cada brazo, a los tres caballos.

Fue una buena jornada.

Los burgueses son alegres vividores, claros en los negocios. Pero en cuanto a la honestidad, ¡alto ahí!, por ejemplo: son capaces de hacer colgar a un niño por una manzana.

Cada cual cenó en casa de su deudor, pellizcó el mentón de la niña, en los postres se embolsó el dinero de la renta y, tras haber intercambiado con la familia algunos proverbios llenos de buen sentido, como: «Las cuentas claras hacen buenos amigos», o «Donde las dan las toman», o «A Dios rogando y con el mazo dando», o «No hay oficio pequeños», o «Quien paga sus deudas, se enriquece», y otros proverbios habituales, cada propietario, escapándose de las acostumbradas bendiciones, retomó su lugar, uno a uno, en el carruaje recolector que vino a recogerlos de granja en granja, y al oscurecer, se pusieron en marcha hacia Nayrac.

Sin embargo, ¡una sombra había descendido sobre sus almas! En efecto, ciertos relatos de los labradores habían indicado a los propietarios que el violinista había creado escuela. Su ejemplo había sido contagioso. El viejo bandido se había rodeado, al parecer, de una horda de

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

verdaderos ladrones y -sobre todo en la época de cobrar la renta- el camino no era demasiado seguro. De manera que, a pesar de los vahos del clarete, disipados enseguida, nuestros héroes ponían, ahora, una sordina a La Parisienne.

Caía la noche. Los chopos alargaban sus oscuras siluetas en el camino, el viento removía los setos. Entre los mil ruidos de la naturaleza y alternando con el trote regular de los tres mecklemburgueses, se oyó, a lo lejos, el aullido de mal agüero de un perro espantado. Los murciélagos volaban alrededor de los pálidos viajeros a quienes el primer rayo de la luna iluminó tristemente... ¡Brrr!... Apretaban los fusiles entre sus rodillas con un convulsivo temblor; se aseguraban, de vez en cuando, de que aún tenían consigo el saco de dinero. No se oía una palabra. ¡Qué angustia para estas honestas gentes!

Repentinamente, en la bifurcación del camino, ¡terror!, aparecieron unas espantosas y contraídas figuras; unos fusiles relucieron; se oyó el pisoteo de caballos y un terrible «¡Quién vive!» resonó en las tinieblas pues, en ese mismo instante, la luna se ocultó entre dos negras nubes.

Un gran vehículo, repleto de hombres armados, obstruía el camino.

¿Quiénes eran esos hombres? ¡Evidentemente unos malhechores! ¡Bandidos! ¡Evidente!

¡Lástima! No. Era la tropa gemela de los buenos burgueses de Pibrac. ¡Eran los de Pibrac!, quienes habían tenido la misma idea, exactamente, que los de Nayrac.

Sencillamente, acabados sus negocios, los apacibles rentistas de ambos pueblos se cruzaban en el camino, mientras volvían a sus casas.

Pálidos, se observaron. El intenso terror que se causaron, dada la obsesión que había invadido sus cerebros, al haber hecho aparecer en cada uno de los rostros los verdaderos instintos -de la misma manera que un soplo de viento tras pasar por un lago, y formando un torbellino, hace subir las aguas del fondo a la superficie-, provocó que se tomasen por esos mismos bandidos que, recíprocamente, ambos temían.

En un solo instante, sus cuchicheos, en la oscuridad, los enloquecieron hasta tal punto que, con la temblorosa precipitación de los de Pibrac por tomar, por precaución, sus armas, la culata de una de las escopetas se enganchó en el banco, se disparó sola y la bala fue a dar a uno de los de Nayrac, rompiéndole en el pecho una terrina de excelente foie-gras que le servía, maquinalmente, como un escudo.

¡Ay, este disparo! Fue la chispa fatal que incendió la pólvora. El miedoso paroxismo que sintieron los hizo delirar. Una descarga cerrada y furiosa comenzó. El instinto de conservación de sus vidas y su dinero los cegaba. Ponían los cartuchos en sus fusiles con manos temblorosas y rápidas y disparaban al bulto. Los caballos cayeron; uno de los carros volcó, vomitando al azar heridos y sacos de dinero. Los heridos, en el pasmo de su pavor, se levantaron como leones y siguieron disparándose unos contra otros, ¡sin poder reconocerse en ningún momento, en medio de la humareda!... En tal furiosa demencia, si unos gendarmes hubieran llegado bajo las estrellas, nadie duda que hubiesen pagado con la vida su dedicación. En resumen, fue una masacre, porque la desesperación les transmitía una energía más asesina:

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

en una palabra, ¡aquélla que caracteriza a la gente honorable, cuando se les empuja hasta el final!

Mientras tanto, los verdaderos bandidos (es decir, la media docena de pobres diablos, culpables, todo lo más, de haber robado algunos mendrugos, algunos pedazos de tocino o algún dinero, aquí y allá) temblaban espantosamente en una alejada cabaña, mientras oían, llevado por el viento del camino, el creciente y terrible fragor de las detonaciones y los espantosos gritos de los burgueses.

Imaginándose, en su pavor, que una monstruosa batida se había organizado contra ellos, habían interrumpido su inocente partida de cartas alrededor de una barrica de vino y se habían levantado, lívidos, mirando a su jefe. El viejo violinista parecía a punto de desmayarse. Sus piernas temblaban. Cogido de improviso, el valiente hombre estaba despavorido. Lo que oía sobrepasaba su entendimiento.

Sin embargo, al cabo de algunos minutos de espanto, como seguían las descargas, los buenos bandidos vieron que de repente se estremecía y se ponía un meditabundo dedo en la punta de la nariz.

Levantando la cabeza, dijo:

-¡Muchachos, es imposible! No se trata de nosotros... Hay una equivocación... Es un quidproquo... Corramos, con nuestras linternas, para socorrer a los pobres heridos... El ruido proviene del camino real.

Llegaron, con mil precauciones, apartando las malezas, al lugar del siniestro, en el que la luna, ahora, iluminaba el horror.

El último burgués viviente, en su prisa por recargar su ardiente arma, acababa de saltarse la tapa de los sesos, sin querer, por descuido.

A la vista de tan formidable espectáculo, de todos esos muertos, que cubrían la ensangrentada carretera, los bandidos, consternados, permanecieron en silencio, ebrios de estupor, sin dar crédito a sus ojos. Una oscura comprensión del acontecimiento comenzó, entonces, a entrar en sus mentes.

De pronto, el jefe silbó y, a una señal, las linternas hicieron un círculo en torno al músico.

-¡Mis buenos amigos! -masculló con voz horrorosamente baja (y sus dientes castañeteaban de un miedo que parecía aún más terrorífico que el primero)-, ¡oh amigos míos!... Recojamos, rápidamente, el dinero de estos dignos burgueses! ¡Alcancemos la frontera! ¡Huyamos a toda prisa! ¡Y no volvamos a poner nunca los pies en este país!

Y como sus acólitos los observaban boquiabiertos y sin entender nada, señaló con un dedo los cadáveres, añadiendo, con un estremecimiento, estas palabras absurdas, ¡pero eléctricas!, que provenían, seguramente, de una profunda experiencia, de un eterno conocimiento de la vitalidad, del Honor del Tercer Estado:

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-ELLOS PROBARÁN... QUE FUIMOS NOSOTROS...

FIN

Sylbabel

A Victor Mauroy

Hermosa como la noche y como ella insegura...
-Alfred de Vigny

En el castillo de Fonteval, a eso de medianoche, tocaba a su fin una fiesta de esponsales. En el parque, entre altas alamedas de follaje iluminado todavía con guirnaldas de linternas venecianas, los músicos, en su estrado campestre, habían dejado de tocar contradanzas. Los hidalgüelos de los alrededores se encontraban ya junto a la verja principal esperando subir a sus carruajes, y los aldeanos invitados regresaban por los senderos a sus alquerías, cantando como de costumbre, tanto más cuanto que habían trincado a placer, debajo de las encinas, ante el tonel caprichosamente adornado con cintas de colores de la recién casada.

El nuevo castellano, Gabriel du Plessis les Houx, había contraído matrimonio en la mañana de aquel día que terminaba, en la capilla de la espléndida mansión, con la señorita Sylvabel de Fonteval, una Diana cazadora, morena clara, una esbelta muchacha con aires de amazona.

¡Veinte y veintitrés años! Hermosos, elegantes y ricos, el porvenir se anunciaba para ellos color de aurora y de cielo.

Sylvabel había abandonado el baile hacia las diez y media y se hallaba sin duda, en aquellos momentos, en su estancia nupcial. La gente del castillo -todas las ventanas estaban apagadas- debía dormir.

Sin embargo, abajo, frente a las salas de juego, en el invernadero que precedía a los jardines, dos hombres, alumbrados por un candelabro colocado sobre un velador rústico, entre dos arbustos, hablaban en voz baja, sentados uno cerca de otro en verdes sillas de mimbre. Uno de ellos era Gabriel du Plessis y el otro el barón Gérard de Linville, su tío, antiguo encargado de negocios y diplomático muy estimado. Ante los insistentes ruegos de su sobrino, el señor de Linville, en vísperas de un viaje a Suecia, a donde lo llamaba una delicada misión, había aceptado pasar la noche en el castillo.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-Querido barón -dijo, de pronto, Gabriel-, gracias por haberse quedado. Sólo usted puede darme un consejo útil en la grave situación en que me encuentro. Ya le he contado la pasión, el amor intenso e insensato que siento por mi mujer; pasión que a veces me hace palidecer y balbucear cuando ella me habla. Pues bien, escuche esto: siento que Sylvabel no experimenta por mí la más frívola de las simpatías, en una palabra no me ama. Es una muchacha acostumbrada a manejar caballos y escopetas, una mujer dominadora, indomable, hastiada, muy viril bajo sus encantos, y que, sabiéndome de índole apacible y adivinando que bebo los vientos por su cara persona, me desdeña un poco. Sylvabel me ha aceptado y nada más, tanto por mi fortuna (¡ay, tal es la verdad!) como para tenerme en calidad de esclavo. Por consiguiente, es probable, por no decir seguro, que tarde o temprano me traicionará. ¡ Me encuentra demasiado manso, demasiado artista, demasiado en las nubes, sin carácter, en fin! Añada a esto, sin embargo, que la considero de una penetración espiritual casi.., misteriosa. Es una adivinadora. Pero, ¡qué quiere usted!, parece haberse aferrado a esa idea absurda y enojosa, hasta el extremo de que esta noche me ha notificado haber dispuesto para mañana, al amanecer, una cacería a caballo, sin duda para dar a entender a la gente del castillo lo poco agotadora que habrá sido nuestra noche de bodas, la cual, entre paréntesis, debo pasar solo. Si semejante estado de cosas dura ocho días, el asunto no tendrá remedio, estaré perdido, haga lo que haga en adelante, lo que supone un desenlace trágico a corto plazo, pues mi naturaleza, una vez se ve obligada a bajar de las nubes, es de una gran violencia explosiva. Por lo tanto, pido a usted, hombre sutil, que no solamente ha vivido sino que ha sabido vivir, que me diga si ve algún medio de desvanecer en mi esposa esa desoladora opinión que tiene de mí. ¿Cree usted que haya algún recurso para que me quiera, para suscitar en su juicio la certeza de mi carácter? Todo radica en eso. Seguiré su consejo, sea el que fuere, pasivamente, sin reflexionar, como un soldado, como uno se toma la medicina ordenada por un médico eminente. A usted me entrego como se entrega uno a sus testigos en un lance de honor, ya que están en juego, a la vez, mi honor y mi felicidad.

El barón Gérard lanzó una mirada clara y alegre a su sobrino, mientras reflexionaba un momento, y luego se inclinó hacia él y, durante cinco minutos, murmuró a su oído unas palabras que lo hicieron temblar en medio de su silencioso asombro.

-Salgo mañana por la mañana para Estocolmo -añadió el señor de Linville, levantándose, en voz alta-. Escríbeme el resultado. Sobre todo, sé sencillo... como mi consejo..., al seguirlo.

-¡Gracias de todo corazón! Buen viaje, y hasta la vista -contestó Gabriel, levantándose también y estrechando la mano de su tío.

Los dos rezagados subieron a sus respectivas habitaciones. El diplomático debió dormir mejor que su sobrino.

-¡Sus! ¡Sus! ¡El sol brilla! ¿Aún duermes, Gabriel?

Así, gritaba, bajo las ventanas de su esposo, bien montada sobre un alazán oscuro que piafaba en la hierba, mientras a su alrededor ladraban y retozaban los perros de caza, la señora Sylvabel du Plessis les Houx, frunciendo las negras cejas sobre el azul claro de sus ojos y haciendo silbar una delgada fusta.

El galope de un caballo, a sus espaldas, al final de una alameda, le hizo volver la cabeza. Era Gabriel.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-Mi querida Sylvabel, ya ves que llego diez minutos antes, como ordena la costumbre -dijo saludándola.

-¡Vaya! ¡Sí, es verdad! Sin duda estabas soñando bajo los árboles. Tienes un aire radiante. ¿Componías?

-Sí... este ramo para ti, con tres capullos de rosa y estas hojas de verbena.

-¡Eres muy galante! -contestó, en tono ligero, Sylvabel, colocando el ramillete entre dos botones de su jubón.

-Es mi deber... Además, la verbena preserva de accidentes -dijo fríamente el señor du Plessis.

Un poco sorprendida, tal vez, por el tono casi serio de su marido, la elegante amazona lo miró. Luego, impaciente:

-¡En marcha! -dijo, tras una corta pausa-. Comeremos allá abajo, en cualquier claro del bosque, sobre el césped.

Durante las primeras horas de la cacería, Gabriel no llegó a pronunciar ni veinte palabras, aunque todas ellas denotaban buen humor e interés por la caza. Mató dos liebres, un faisán y ocho codornices, que metió en su zurrón y en su red el único montero que galopaba detrás de ellos.

Hacia mediodía, se apearon en un magnífico calvero. Después de tomar una lonja de pastel de carne, dos vasos de champaña, algunas fresas silvestres y café, Gabriel, que había estado durante todo el tiempo de la comida observando los saltos de las ardillas en las ramas y trazando el proyecto de una batida contra los lobos para el invierno, encendió un cigarrillo y, al terminarlo, gritó:

-¡A caballo! Si es que has descansado bastante, Sylvabel...

-¡Vamos! -contestó ella.

Y partieron de nuevo, a través de los campos.

De pronto, en un sendero, a treinta pasos de un seto, una liebre cruzó como un rayo. Los perros se precipitaron; Gabriel tiró en seguida, pero falló.

-La culpa ha sido de ese imbécil de Murmuro -dijo, con una leve sonrisa, mientras volvía a cargar el arma rápidamente-. Se ha colocado entre la liebre y yo, mientras apuntaba.

Y, haciendo fuego otra vez, abatió, a cien pasos de él, de un certero balazo, al magnífico perro de caza al cual acababa de acusar.

Ante aquel espectáculo, Sylvabel se estremeció.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-¡Cómo! ¿Por qué has matado a ese perro haciéndole culpable de tu torpeza? -dijo, un poco asustada.

-¡Y bien que lo lamento, porque lo quería mucho! -contestó tranquilamente Gabriel-. Pero yo soy de tal índole, que no puedo soportar una contrariedad sin reaccionar de una manera violenta. Si fuese soldado, me fusilarían a las veinticuatro horas. Es un defecto que me hizo ser peleador en mi infancia y del cual he querido en vano corregirme. Sin embargo, me esforcé de nuevo, sólo por complacerte.

Sylvabel, apretando con fuerza la fusta, se calló, un poco pensativa.

Y volvieron a emprender la marcha, durante la cual Gabriel habló de muchas cosas menos del incidente... ya olvidado. Sus palabras fueron ligeras y raras.

Una hora después, al tiempo que se levantaba una bandada de perdices frente a ellos, con su ruido especial, Gabriel se echó la escopeta a la cara y tiró: ni una sola de las aves perdió una pluma.

-Verdaderamente, esto es insoportable -rezongó por lo bajo Gabriel, pero tranquilo-. Esta yegua bribona ha tenido la culpa; ha dado un respingo en el momento en que yo apuntaba.

Dicho esto, cogió una pistola del arzón delantero, introdujo fríamente el cañón en la oreja de la bestia y le hizo saltar los sesos. Dando un salto de costado, cayó de pie al suelo, y no sin gracia, se zafó de la caída del animal, que se derrumbó de flanco y, tras una corta agonía, quedó inmóvil.

Esta vez, Sylvabel abrió sus ojos azules.

-¡Pero esto es absurdo! ¡Es ya la locura! ¿Qué te sucede, Gabriel, para matar a un animal tan hermoso, y de raza, por haber errado el tiro contra una perdiz?

-Lo deploro, señora. Pero creo haberte revelado hace un rato, confidencialmente, una debilidad innata que padezco. Te lo repito: se trata de algo superior a mis fuerzas, pero el caso es que no puedo soportar la menor contrariedad. Montero, deme su caballo y siga a pie, porque regresamos.

Ya de nuevo montado, cuando se quedaron solos en el camino, cerca del castillo, Sylvabel murmuró:

-En verdad, amigo mío, apenas puedo tranquilizarme aunque piense en las virtudes mágicas de tu ramo de verbena. ¿De esta manera cumples la promesa de domar tu irascible carácter para serme agradable?

-Esta vez, en efecto, la fuerza de la costumbre ha privado sobre mis buenas intenciones -respondió el joven-. Pero sabré, Sylvabel, de ahora en adelante, dominarme mejor. Sí, para complacerte y merecer tu gracia, procuraré volverme... ya que no paciente y dulce hasta la atonía... menos exaltado.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Esto fue dicho con una gentileza glacial. La señora de Plessis les Houx guardó silencio hasta Fonteval, adonde llegaron con las primeras sombras de la noche.

La cena, sin embargo, fue encantadora.

Aquella noche la castellana se olvidó -sin duda por inadvertencia- de echar el pestillo de la puerta de su habitación. De suerte que cuando, a las cinco de la mañana, tras las alegrías y fatigas del amor, ambos, embriagados de ternura conyugal, se murmuraban deliciosamente todo lo que de más inefable había en el fondo del alma, Sylvabel, de repente, miró a su marido con un aire singular, y luego, en voz muy baja, a la claridad de la lamparilla azul que palidecía ante el alba del hermoso verano, dijo:

-Gabriel, un solo día te ha bastado para conquistarme... hacerme tuya. Y no mediante ese estropicio, que me hacía sonreír, que acarreó la muerte de dos inocentes animales... sino porque el hombre que, dicho sea entre nosotros, posee la firmeza necesaria para llevar a cabo, durante un día y una noche así, sin delatarse un solo instante y ante la mujer por quien sufre, el buen consejo de un amigo leal y de probada sagacidad, demuestra con ello ser superior al consejo mismo y da prueba, por consiguiente, de tener suficiente "carácter" para ser digno de amor. Puedes agregar esto en la carta de agradecimiento que sin duda has prometido escribir a nuestro tío y amigo, el barón de Linville, que se encuentra en Suecia.

FIN

Vox Populis

¡Gran revista la de aquel día en los Campos Elíseos! ¡Doce años sufridos desde esta visión! Un sol de estío arrojaba sus largas flechas de oro sobre los tejados y cúpulas de la vieja capital. Miradas de vidrio cruzaban sus reflejos. El pueblo, bañado en polvillo luminoso, inundaba las calles para ver al ejército.

Sentado ante la verja de Notre-Dame, en una alta silla de madera plegable, las rodillas cruzadas entre negros harapos, el centenario Mendigo, decano de la miseria de París, -rostro de duelo con tintes cenicientos, piel surcada por arrugas color tierra-, con las manos juntas bajo el escrito que consagraba legalmente su ceguera, ofrecía el aspecto de una sombra en el Te Deum de la fiesta circundante.

¿No era su prójimo toda aquella gente? Los alegres viandantes, ¿no eran sus hermanos? Con toda seguridad, eran Especie Humana. Por otra parte, este huésped del soberano portal no estaba desposeído de todo bien: el Estado le había reconocido el derecho a ser ciego.

Propietario de este título, y de la respetabilidad inherente a ese lugar de limosnas seguras que oficialmente ocupaba, poseyendo además la cualidad de elector, era nuestro igual, excepto la Luz.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Y este hombre articulaba de tiempo en tiempo una lamentación monótona, silabeo evidente del profundo suspiro de toda sus vida:

-¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

En torno suyo, bajo las potentes vibraciones del campanario, fuera, allá lejos más allá del muro de sus ojos; el ruido de los cascos de caballería, los toques de clarines, las aclamaciones de la muchedumbre, mezcladas a las salvas de los Inválidos, a los fieros gritos de mando; los estruendos de acero, el fragor de los tambores midiendo el paso de los desfiles interminables de infantería, ¡todo un rumor de gloria le llegaba! Su oído sobreagudo percibía hasta el flotar de los estandartes de pesadas franjas rozando las corazas. En el entendimiento de este viejo cautivo de la oscuridad se evocaban mil relámpagos de sensaciones presentidas e indistintas. Una adivinación le advertía lo que enfebrecía los corazones y los pensamientos en la ciudad.

Y el pueblo, fascinado como siempre por el prestigio que tiene a sus ojos la audacia y la fortuna, profería calurosamente el entusiasmo del momento:

-¡Viva el emperador!

Pero, entre las calmas momentáneas de esta triunfal tempestad, una voz perdida se elevaba del lado de la verja mística. El viejo, la cabeza caída contra la picota de los barrotes, girando sus pupilas muertas hacia el cielo, olvidado de ese pueblo -de quien él sólo parecía expresar su voto verdadero, su voto oculto bajo los gritos, el voto secreto y personal-, salmodiaba, augural intercesor, su frase ahora misteriosa:

-¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

¡Gran revista la de aquel día en los Campos Elíseos! ¡Diez años llevados por el viento, desde el sol de esta fiesta! ¡Los mismos ruidos, las mismas voces, la misma presunción! Sin embargo, un rumor sordo temperaba entonces el tumulto de alegría pública. Una sombra entristecía las miradas. Las convenidas salvas de la plataforma del Pritaneo se complicaban esta vez con el tronar lejano de las baterías de nuestros fuertes. Y, escuchando, el pueblo ya intentaba discernir, en el eco, la respuesta de las piezas enemigas que se aproximaban.

Pasaba el gobernador, dirigiendo a todos mil sonrisas, al amplio trote de su fino potro. El pueblo, tranquilizado por esa confianza que le inspira siempre esa compostura irreprochable, alternaba con cantos patrióticos los aplausos totalmente militares que honraban la presencia de ese soldado.

Pero las sílabas del antiguo y furioso viva se habían modificado: el pueblo, frenético, profería ese voto del momento:

-¡Viva la República!

Y, allá lejos, del lado del umbral sublime, se distinguía siempre la voz solitaria del Lázaro. La voz del oculto pensamiento popular no modificaba la rigidez de su constante lamentación:

-¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

¡Gran revista la de aquel día en los Campos Elíseos! ¡Nueve años soportados desde ese sol turbulento! ¡Oh! ¡Los mismos rumores, el mismo estruendo de las armas, los mismos relinchos! Aun más ensordecidos, no obstante, que el año precedente; vocingleros, sin embargo.

-¡Viva la Comuna! - gritaba el pueblo, al viento tumultuoso.

Y la voz del secular Elegido del Infortunio repetía siempre, allá lejos, en el umbral sagrado, un refrán rectificador del único pensamiento de ese pueblo. Sacudiendo la cabeza hacia el cielo, gemía en la sombra:

-¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

Y dos lunas más tarde, cuando a las últimas vibraciones al toque de alarma el Generalísimo de las fuerzas del estado pasaba lista a sus dos mil fusiles -todavía humeantes de la triste guerra civil-, el pueblo, aterrorizado, gritaba viendo arder al fondo a los edificios:

-¡Viva el Mariscal!

Allá lejos, del lado del salubre recinto, la Voz inmutable, la voz del veterano de la humana Miseria, repetía maquinalmente su dolorosa y despiadada obsecración:

-¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

Y después, de año en año, de revista en revista, de vociferaciones en vociferaciones, cualquiera que fuese el nombre echado al azar del espacio por el pueblo en sus vivas, quienes escuchan atentamente los ruidos de la tierra, siempre han distinguido, entre los clamores revolucionarios y las fiestas belicosas que se sucedieron, la Voz lejana, la Voz verdadera, la íntima voz del simbólico y terrible Mendigo, del vigilante nocturno que gritaba la hora exacta del Pueblo, del incorruptible funcionario de la conciencia de los ciudadanos, de quien restituye íntegramente la oración oculta de la Muchedumbre y resume su suspiro.

Pontífice inflexible de la Fraternidad, este Titular autorizado de la ceguera física, jamás ha cesado de implorar, en mediador inconsciente, la caridad divina para sus hermanos en inteligencia.

Y, cuando embriagado de fanfarrias, de campanas y de artillería, el pueblo, turbado por esos alborotos envanecedores, intenta en vano enmascararse a sí mismo su voto verdadero, bajo no importa qué sílabas engañosamente entusiastas, el Mendigo, su rostro al cielo, los brazos en alto, tanteando en sus espesas tinieblas, aplica su oído desde el umbral eterno de la iglesia, y con voz cada vez más lamentable, pero que parece llegar más allá de las estrellas, continúa gritando su rectificación de profeta:

-¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

FIN

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com